

Eliphalet se dedicó á reparar la ruina; puso en corriente la hornilla, limpió el cañon de la chimenea, recorrió el fuelle, y la fragua quedó servible.

Con la misma diligencia de la reparacion, colectó fragmentos de fierro, los fundió, templó, pulió, y á poco tenia en sus manos un cañon que satisfizo su ambicion.

Faltaban la llave y la caja: emprendió, en cuanto pudo, un viajecillo á Utica, donde se conchavó con un armero, quien completó su obra, y cantó victoria el muchacho tenaz, fabricante de cañones.

El armero que proveyó de caja á Eliphalet, era hombre de conciencia; le elogió su trabajo, y el chico dijo: "Haré más cañones, puesto que me salen bien." Acreditóse la mercancía, la demanda de los cañones crecia y le dejaba utilidad. . . . *goahed*, adelante! y la fragua se acompañó de otra, y en dos edificios flamantes se construian llaves y cajas.

Tal fué la primitiva fábrica de Remington en la cabeza de la cañada, donde permaneció nueve años, extendiendo por todas partes su reputacion. (De 1816 á 1825.)

En 1825 compró Remington el terreno en que hoy está la fábrica y tiene el nombre de Ilion. En 1835, Eliphalet era rico fabricante y tomó parte en las contratas que la casa de Springfield y C.^a tenia con el gobierno de los Estados-Unidos.

Entónces la fábrica tomó mayores proporciones, y Eliphalet asoció á dos de sus hijos mayores de edad, á sus trabajos.

Con uno de los hijos de Remington se repitió la anécdota del pedido de una escopeta; pero Remington el capitalista, no era el labriego su abuelo; dióle el cañon de la es-

copeta al chico para que él fabricase la llave y la caja. El testarudo retoño del enérgico Eliphalet se dió tales trazas, que produjo al fin el fusil Remington, sin rival en el mundo, y fuente de la riqueza de la familia y del hermoso pueblecito de Ilion.

Vd. perdone mis divagaciones. Quedamos en la puerta del despacho. Entrese vd. de rondon y verá una gran sala tapizada de estantes, en donde hay armas de todos los tiempos y de todas las naciones, conservadas con delicado primor.

Pared de por medio del despacho, está la oficina del tesoro, que tiene en movimiento algunos millones de pesos.

A la vista del jefe de ese departamento, se ven como cuarenta tenedores de libros, de cada una de las secciones de las fábricas, y uno que los comprende á todos, como si dijéramos, encargado de la formacion, dia por dia, de la cuenta general.

Abandona vd. esa elegante oficina, pasa unos puentes, y el ruido, la llama y hombres como demonios, aturdiendo con sus martillazos en el yunque, le advierten que está bajo el dominio de Vulcano.

Cuarenta hornos despiden llamas y chispas en aquel lugar, que sorprende por su actividad y por su aspecto fantástico. Desde el tejo que envía Inglaterra, hasta el tubo reluciente que se coloca marcado en la caja, se ve en aquellas fraguas, pudiéndose seguir sus curiosas trasformaciones.

En otro edificio de tres pisos se trabajan percutores y martillos:

En otro, muelles reales; en el salon de junto se pulimenta.

En otro edificio se arman los fusiles.

Por último, la carpintería no es un taller, sino un palacio en que se ostentan los adelantos más recientes y costosos.

Por cientos de miles se cuentan las armas fabricadas para todas las naciones. Oiga vd. lo que recuerdo :

España.	500,000
Egipto.	250,000
Francia.	300,000

Muchos miles las repúblicas americanas, entre las que figura México con 40,000.

El capital invertido en edificios y maquinaria se calcula en cinco millones de pesos, sin que entre en esto el capital circulante, ni me sea fácil calcular el movimiento de caudales.

Siento que no pueda vd. ver el pueblo nacido de la fábrica, en que se gozan los beneficios de la civilización, y la casa del Sr. Remington, que á todo el mundo dispensa una hospitalidad generosa, y á quien mucho aman por sus relevantes virtudes.

Vdes. para sus instrumentos de agricultura podían haber aprovechado esas relaciones, tanto más, cuanto que Pepe Sanchez conoce á México y es el apoderado solícito de Remington.

—Pero como no tiene casa abierta. . . .

—¿Cómo no? Calle de Plateros núm. 4. . . .

—Yo creí que solo se trataba de máquinas de coser, y de que las despacha una jóven lindísima y muy apreciable.

—Eso le trabucó á vd. las ideas.

—Bien puede ser. . . .

Poco despues de haber oscurecido, llegamos á la estacion de Albany, gran capital del Estado de Nueva-York.

Era sábado, es decir, día de gran movimiento: los guías que nos secuestraron, apoderándose de nuestros equipajes, nos dijeron que eran innecesarios los carruajes, puesto que el hotel á que íbamos á parar, estaba á unos cuantos pasos de distancia. Pero esto lo dijeron haciendo líos, cargando maletas y penetrando como caballos desbocados entre un mar de gente que nos empujaba, nos hacia variar camino y nos amagaba con dejarnos á la ventura, flotando entre la multitud: tiendas, luces, carruajes, todo formaba torbellinos y nos envolvía, con especialidad á mí, bobo y distraído por demás.

El trayecto de la estacion al hotel me pareció interminable: empujones, magullones, codazos, rizas y extrañezas acompañaron aquella procesion de fardos, que cayeron al fin en el renombrado Hotel del Globo, cuya muestra es un farol esférico de vidrios encarnados.

A la entrada del hotel tuvimos la fortuna de encontrar á D. Andrés Cupia, muy conocido en México como empresario del extinguido Circo de Chiarini.

Este caballero, atento y servicial, facilitó los arreglos de instalacion, y hétenos descansando en nuestros aposentos.

Aunque el hambre me hacia insinuaciones urgentes, la quietud imperturbable del comedor me impuso respeto.

Busqué la cantina y el despacho: tenia más bien aspecto de sacristía, por lo místico de la gente y la frialdad dominante en cuanto me rodeaba.

El Globo, si mal no recuerdo, está en la calle de la Perla, calle en ese momento invadida por un gran gentío; las da-

mas con sus túnicos largos y sus gorritos; los caballeros con el sorbete bajo de copa y ancho de ala, chalecos blancos, holgados sobretodos de alas volantes, grandes cadenas de acero y zapato bajo con hebilla, con cierto aire pretensioso y grotesco, que no había visto en otra parte.

Entré en un *bar-room* mugroso y ahumado, con sus antepuertas de alambre, situado en el subterráneo ó *bassement* del hotel.

Crucé á la acera de enfrente, donde me vieron la pinta de extranjero en un *restaurant* de apariencia elegante, unos criados ceremoniosos y pedantes: me cobraron dos pesos por dos piltrafas perdidas en un bosque de perejil, unos truscos de mantequilla, y un café abominable.

Volvíme á la estancia, bien lóbrega por cierto, del Hotel del Globo.

Allí me encontré en la mesilla de noche una gran Biblia, y en la pared, en que se hace de un huésped un *kuakero*, un reglamento como para un fraile meditando y austero; advirtiéndose que en aquel hotel á nadie se servían, ni se permitía el uso de los licores, porque era un hotel de temperancia.

Fiebre tenía yo de verme sujeto á tanta gazmoñería y tanta regla conventual; jamás la tiesura y las pretensiones cortesananas me cayeron más en desgracia.

Estaba realmente desesperado.

Para ahuyentar en lo posible mi mal humor, abrí mi guía y copié:

“ALBANY.—Capital del Estado de Nueva-York, situada á la orilla occidental del rio Hudson, 80,000 habitantes.

“Fundaron la ciudad los alemanes en 1614, un poco más

abajo de donde se encuentra la ciudad actual, donde se construyó el Fuerte Orange en 1623. Este fué el primer establecimiento europeo, en los trece Estados originales que formaron la Union.

“La ciudad fué conocida con los nombres de Veaberyk y de Williams Tadt, ántes que recibiese su nombre actual en honor del duque de York y Albany, despues Jacobo II.

“En 1664 cayó en poder de los ingleses: en 1798, se declaró capital del Estado.”

Por otros datos que pude procurarme, vine en conocimiento que la importancia comercial de Albany es muy secundaria en el Estado de Nueva-York. Debe la importancia que tiene á su posición sobre el Hudson y sobre los canales Erie y Champlain. Se comunica con el lago Ontario, y por consiguiente con el Mississippi, Missouri y San Lorenzo.

Líneas directas de ferrocarril ponen á Albany en comunicación constante con Boston, Búffalo y Nueva-York, circunstancias que harán que acrezca su comercio. Los artículos principales de éste, son: maderas de construcción, harinas, lanas y varias manufacturas, entre las cuales la del tabaco tiene grande importancia.

Copiando, copiando, y entre si sigo, y si cierro los ojos, y entre si escribo ó si borro, me quedé dormido.

Al despertar, me sorprendió muy agradablemente el toque de las campanas: primero me pareció, y despues me persuadí, que tocaban sonatas con bastante perfección.

Asoméme á la ventana de mi cuarto; la ciudad estaba de todo punto desierta; el silencio dominaba desde los altos

edificios, uniformes, austeros y monótonos como todos los de los Estados- Unidos.

Las líneas de vapores y los trenes estaban suspendidos.

Era mucho eso de comulgarse veinticuatro horas en la ciudad desierta y en un hotel obligado á claustro de temperancia.

Reinaba en el hotel un silencio sepulcral, entristecian sus angostos claustros y sus cuartitos como celdas.

Sonó la campana lúgubre del comedor. A la entrada de éste se nos presentó un maestro de ceremonias de peinado pretensioso, gran furia, abultados bucles, frac, y corbata blanca, con la servilleta blanca bajo el brazo, que nos señaló, conforme graduaba nuestra categoría, los asientos que debíamos ocupar, extendiendo el brazo con majestad impertinente y pedantesca.

Como movidos por un resorte, los de la pequeña colonia mexicana le hicimos una seña de renuencia, y nos instalamos todos reunidos, provocando el primer desazon al gendarme aquel tan ceremonioso.

Para el servicio de las mesas había una excelente colección de muchachas de tinte devoto y timorato, pero por lo mismo de cierta atracción no del todo despreciable en aquellas alturas monacales.

Una amiga de esas *ladies* servidoras, M. Emma, fué objeto de mi especial solicitud: era alta, desembarazada, atenta, sabia frances, y detractando al maestro de ceremonias, mi maledicencia abrió el camino de las simpatías á la colonia mexicana; pero á pesar de sus generosos esfuerzos, la comida americana en su último grado de perfección, tan insoportable para nuestros estómagos, en su degeneración en aquella

casa era otra cosa; era la fantasmagoría, la impostura de los manjares, la suplantación de las formas, la calumnia de la alimentación.

Era la hoja de higuera cocida, llamada lechuga; las bolas de astillas de carpintero, apellidadas papas; la vaqueta remojada, designada con el nombre de *biftek*; el engrudo, desfigurado con el título de puré; la hacha de fierro pasada por la grasa, y dada á conocer como costilla.

Y todo esto servido en unos platos del peso de media arroba, de cantería barnizada, en tazas que hacían abrir los labios como un freno, con pichelos en el medio de las mesas, como parvulitos en paños menores: nada de mantel.

Pedimos vino . . . y se nos vió con desden, sin darnos respuesta . . . —Pues dénnos vdes. cerveza.—El maestro de ceremonias nos volvió la espalda.

—¿Pero quién ha dicho á vdes. que nos hemos de alistar en la temperancia los que vamos pasando?

Esto dije como recado á Emma, para el maestro de ceremonias. Emma, yo no sé cómo tradujo, que el D. Fachenda de las ceremonias bramaba como toro: yo le preguntaba: —¿Qué es lo que dice?—Tonterías.—Y Emma le plantaba otra banderilla que bufaba, atribuyéndome no sé cuántas indignidades.

De todos modos, Emma fué mi protectora en Albany: era una flor de azahar caída, por una caprichosa inconsecuencia de la suerte, en un tazon de chapurrado añejo.

Albany está construido sobre colinas cuyo descenso es al río, y desde su orilla, alzándose la vista, se distinguen en las alturas edificios magníficos, templos suntuosos, plazas y arboledas de delicioso aspecto.

Yo me dirigí solitario al muelle rodeado de almacenes cerrados, *restaurants* sin gente y tercios regados bajo los portales.

La calle del Estado sube un escalon escarpado desde el agua, limitando al fin de la calle la vista, la plaza del viejo Capitolio edificado en 1807.

El Nuevo Capitolio que se está construyendo será un edificio que solo tendrá rival en el gran Capitolio de Washington.

Construido el Nuevo Capitolio en la parte más alta de la ciudad, su torre tendrá 320 piés de altura.

La librería del Estado contenida en un edificio cuadrado, á prueba de fuego, tiene 86,000 volúmenes y varios objetos curiosos, entre ellos una espada y una pistola de Washington.

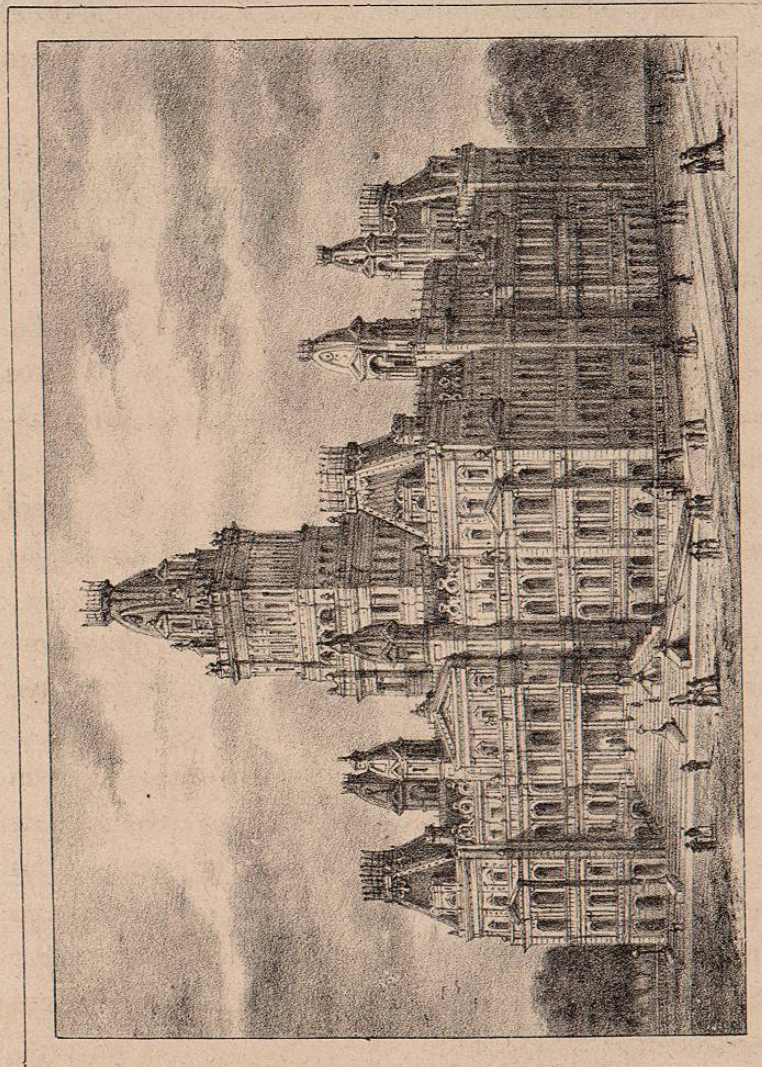
La casa de gobierno, edificada en 1843, es de mármol blanco, y tuvo de costo 350,000 pesos: en ella están las principales oficinas.

Siempre con mi guía en la mano, ví la parte exterior, porque todo estaba cerrado, de la casa del Ayuntamiento, que costó doscientos mil pesos.

Un viejecillo italiano que me encontré dormitando en un café, y que como yo, parecía rebelde á las sociedades de temperancia, me dijo que haria bien en procurar ver los varios bancos de la ciudad, que tienen en giro sobre dos millones de pesos: me elogió el Observatorio, fundado por Mr. Blandina, que tiene una buena librería y magníficos instrumentos.

Del Colegio de Medicina y de su valioso Museo, me habló tambien con mucho encarecimiento. La Escuela de Jurisprudencia de Albany, es de las mejores del país.

VIAJE DE FIDEL.



LIT. DE H. RIARDÉ.

Nuevo Capitolio de Albany